

COMENTARIOS

Carlos Pabón

Quisiera comenzar donde Gervasio García terminó: en Puerto Rico sin dudas *"the past isn't dead. It isn't even the past."* A casi 100 años de la invasión norteamericana de 1898, el *issue* de la anexión de la Isla a los Estados Unidos sigue siendo uno de los asuntos más candentes del país. Confirmando así, como planteó José Martí, que "en la política lo real no se ve." He ahí la relevancia de la ponencia de García: nos ayuda a poner en perspectiva histórica ese asunto "invisible" de nuestra realidad, la anexión. Su objetivo es demostrar "que, respecto a Puerto Rico, los Estados Unidos no ostentaban en 1898 la ignorancia de Adán en el paraíso. Y que la teoría del imperialismo *nonchalant*, de última hora y remolón, no cuadra con la gravitación casi secular de Puerto Rico en torno al mercado norteño de manufactura, capitales e ideas." Por esos prefiere verlos "como extranjeros pero no extraños." A estos efectos utiliza como fuente primaria la correspondencia de los cónsules norteamericanos ubicados en la Isla entre 1869 y 1900.

Dos conclusiones centrales se desprenden de esta ponencia. Primero, que la no inclusión de Puerto Rico en el *shopping list* de territorios de los Estados Unidos antes de 1898 —es decir, la ausencia de re-

ferencias explícitas a la anexión de la Isla en la correspondencia consular antes de esa fecha y en los documentos medulares del Departamento de Estado— no significó desconocimiento ni desinterés hacia sus asuntos internos. Esta ausencia se explica, afirma García, por el hecho de que para 1860 "Puerto Rico ya era parte del imperio 'informal', de 'la anexión del comercio', menos complicada que la ocupación a la fuerza." (El comercio de Puerto Rico, decía el cónsul John Hall en 1897, "is of more value for the United States than the trade of many of the South and Central American Republics.")

Segundo, que a pesar de que ninguno de los cónsules —excepto Hanna en víspera de la guerra del 98'— abogó por la anexión de Puerto Rico, ese fue el desenlace al que contribuyeron las reiteradas críticas de éstos sobre la ausencia de libertades civiles y la corrupción del sistema colonial español. En palabras de García: "las cartas de los cónsules sirvieron, por lo menos, para racionalizar y justificar a lo largo de un siglo la idea de expulsar del Caribe al poder de España y liberar las víctimas del coloniaje."

Visto en la larga duración, entonces, la anexión de Puerto Rico fue la culminación de una vieja relación

que comenzó mucho antes de 1898. La anexión de Puerto Rico, más aún, es visto como un proceso continuo y no como un evento discreto que empieza y termina en 1898. Este análisis contribuye a hacer “visible” el asunto de la anexión. Aquí radica su pertinencia para la discusión actual en torno a las implicaciones políticas y culturales de la anexión en Puerto Rico. Es en torno a ese debate —tomando como punto de partida la ponencia de García— que quisiera hacer unas reflexiones (aunque sean esquemáticas). En particular voy a examinar tres cuestiones cruciales:

1. *El asunto de la estadidad*. No obstante lo planteado en esta ponencia, en Puerto Rico se sigue debatiendo como si no estuviéramos anexados a los Estados Unidos. Así, como ha dicho en otra parte Gervasio García, “mientras la estadidad no se vea no existe.” Para diversos sectores neonacionalistas —elites políticas, grupos intelectuales y profesionales, y fracciones económicas locales— el conflicto fundamental de la sociedad puertorriqueña es entre aquellos que afirman la nacionalidad (puertorriqueñistas) y aquellos que la niegan (anexionistas). El anexionismo (entiéndase la estadidad) es el peligro principal para la sobrevivencia de la nacionalidad puertorriqueña

De ahí la importancia que estos sectores adscriben al resultado del plebiscito sobre el status político de Puerto Rico, celebrado del 14 de noviembre de 1993: “Al cumplir

cinco siglos de historia moderna se le preguntó [al pueblo] si quería perpetuarse en la historia como nacionalidad única y distinta o encaminarse hacia la asimilación. Puerto Rico contestó, afirmando su nacionalidad”. O dicho de forma más sucinta, pero con igual emoción, como lo expresó el semanario independentista *Claridad*: “Se paró en seco el anexionismo”. Este análisis, sostengo, ignora los efectos políticos y culturales del proceso de anexión de Puerto Rico durante la segunda mitad del siglo 20.

El triunfo del ELA en el plebiscito, como bien señalan los mismos dirigentes del PPD, de ninguna manera debe interpretarse como una ruptura o siquiera como un alejamiento del apoyo a la integración (es decir a la anexión) con los Estados Unidos bajo la “unión permanente.” La disyuntiva planteada no es “puertorriqueñidad” vs “asimilismo” sino entre el anexionismo *lay away* del PPD —basado en la ciudadanía americana irrevocable, mercado, moneda y defensa común, y la extensión a Puerto Rico de 394 de los 400 programas asistencia federal— y el anexionismo *all the way* del PNP, que añadiría a ésto la representación congresional, el voto presidencial y el pago de impuestos federales. ¿Cómo se puede plantear entonces que el ELA representa un “muro de contención” contra el anexionismo? Más aún, ¿por qué la estadidad representa una amenaza a nuestra nacionalidad, pero no la integración económica a los Estados

Unidos a través del ELA? Es decir, ¿cuál es la diferencia fundamental entre la anexión real del ELA y la anexión formal de la estadidad?

Cabe destacar, más aún, el énfasis del Partido Nuevo Progresista durante la campaña plebiscitaria en la “defensa y preservación de la cultura puertorriqueña” (incluyendo el español) bajo la estadidad. Estrategia que vino a culminar el largo proceso iniciado, por el fundador del PNP Luis A. Ferré en el 1967-68, con la consigna “estadidad jíbara.” En adelante se podrá ser patriota y estadista, defensor de la puertorriqueñidad y anexionista. Por lo que en el futuro no será tan fácil despachar al PNP como un partido “anti-puertorriqueñista” que desprecia nuestra cultura.

2. *El problema de la americanización.* En la ponencia de García se destacan dos figuras prominentes que tienen discursos diferentes respecto a los puertorriqueños y la anexión. Por un lado, está el discurso de P. C. Hanna, “un auténtico imperialista ilustrado”, quien defendió nuestro ingreso a la unión federal y se opuso al establecimiento de un gobierno militar en la Isla sobre la base de que los “puertorriqueños son americanos en el corazón y su gran aspiración es ser parte de los Estados Unidos.” Por otra, está el discurso articulado por el general George W. Davis, partidario del gobierno militar, quien opinaba que “the vast majority of (Puerto Ricans) are no more fit to take part in self-government, than are, our re-

servation indians” y que éramos “far inferior in the social, intellectual, and industrial scale to the Chinese, who for good reasons are forbidden to land on our shores.”

No empece estas diferencias, ambos apoyaron un aspecto cardinal de la dominación estadounidense en Puerto Rico hacer “Americans out of Porto Ricans.” ¿Triunfó tal estrategia? Es decir, ¿ha significado la anexión de Puerto Rico un proceso de “americanización” que implique la disolución de nuestra identidad nacional? No. En Puerto Rico, lo mismo que el resto del Caribe, la cultura conserva antiguas dinámicas que juegan, como dice Antonio Benítez Rojo, de “cierta manera”; es decir, que se resisten a ser desplazadas por formas “externas” y se proponen coexistir mediante procesos sincréticos. Somos una formación cultural sincrética, un significante hecho de diferencias. Y en el mundo contemporáneo: “los procesos sincréticos se realizan a través de una economía en cuya modalidad de intercambio el significante de *allá* —el del Otro— es consumido (‘leído’) conforme a códigos locales, ya preexistentes; esto es, códigos de *acá*”. No se trata de procesos pasivos de “consumo” o “asimilación” cultural como implica el concepto de *americanización*. Se trata de la manera idiosincrática en que cada cultura “lee” lo “americano” y de la multiplicidad de formas en que se lo apropian y en muchos casos hasta lo subvierten.

La nuestra es una cultura híbrida donde lo tradicional y lo moderno no sólo coexisten sino que se cruzan y entremezclan entre sí. Esta hibridez —heterogénea y plural— es nuestra *identidad nacional*. La misma es expresión no de un proceso de “transculturación” o “desnaturalización” impuesto por el “imperialismo cultural” sino de la forma en que se entretejen tradición y modernidad en Puerto Rico como consecuencia de un proceso de modernización socioeconómico que operó sin excluir o sustituir lo tradicional y lo autóctono.

Es importante resaltar, además, que vivimos hoy la transición entre el capitalismo fordista de la posguerra —basado en la producción y consumo de mercancías estandarizadas— que intentó “americanizar” al mundo y el capitalismo posfordista de fin de siglo —basado en la producción flexible de bienes especializados— que reconoce “las diferencias” e intenta hacerlas rentables:

...el capital se ha enamorado de la diferencia: la publicidad nos estimula a comprar cosas que exalten nuestra única individualidad. Ya no se trata de ser como los Joneses, se trata de ser diferentes a ellos. Desde la Música Mundial a vacaciones exóticas en algún lugar del Tercer Mundo, desde los ‘tv dinners’ étnicos a los sombreros tejidos peruanos, la diferencia cultural vende. Esta es la diferencia de las relaciones

mercantiles, la experiencia particular de tiempo y espacio producido por el capital transnacional.

Estamos, pues, frente a un capitalismo que intenta incorporar “al otro”: lo étnico y lo nacional. Por eso ya no es necesario plantearse hacer “Americans out of Porto Ricans.” Aquí radica la diferencia entre el imperialismo cultural de Hanna y Davis, y el capitalismo transnacional de Benneton.

3. *La construcción del imaginario nacional*. Lo que llama García, refiriéndose al mito de Águila Blanca y al ensayo de “Seva”, “la nostalgia por una historia heroica” es un elemento importante del discurso neonacionalista en Puerto Rico. (Lo interesante del ensayo de “Seva” no fue el hecho de que se escribiera sino que un sector significativo de la intelectualidad puertorriqueña pensara que era una historia verídica y no una cuento inventado por el autor.) Así ante lo que se considera una nacionalidad amenazada por el anexionismo se construye un imaginario nacional que impugna “el colonialismo mediante la invención o fabricación de una historia patriótica.” Este imaginario nos remite a la pregunta de ¿qué queremos ser, una nación o una minoría dentro del conjunto de las etnicidades norteamericanas?

El mismo ignora que los puertorriqueños somos ambas cosas a la vez. Ignora, además, que en Puerto no hay un problema de identidad

nacional pues nuestra nacionalidad no está amenazada, ni en peligro. No somos, a pesar de lo que algunos quisieran, Irlanda del Norte, ni tampoco la Franja de Gaza o Jericó. Por el contrario, el nacionalismo se ha hecho ideología del Estado y cultura del mercado y en el proceso un discurso problemático fue domesticado. Esta domesticación no ha sido nada raro allí donde se han constituido Estados nacionales pero en nuestro caso este fenómeno ha ocurrido en ausencia de Estado nacional. La "cuestión nacional," en tanto problema de identidad, existe allí

donde se intenta bloquear y/o negar la existencia de una nacionalidad. Ese, sostengo, no es el caso nuestro puesto que la anexión a los Estados Unidos no ha implicado la disolución de nuestra identidad nacional. El problema aquí, en todo caso, es para los que insisten (frente a la multiplicidad caótica y heterogénea de la nacionalidad) en construir la identidad nacional como algo fijo, estable y coherente. Para éstos, nuestra hibridez cultural es sintomática de la "crisis de identidad" que venimos arrastrando desde 1898.